

## Globalización y migración: algunas contradicciones urgentes

Stephen Castles <sup>1\*</sup>

En mi discurso de hoy, quiero hacer dos cosas. En primer lugar, quiero llamar vuestra atención sobre nueve contradicciones fundamentales típicas de nuestro tiempo. El número es, desde luego, arbitrario, y los problemas están tan estrechamente interrelacionados que no siempre se pueden diferenciar con claridad en la práctica. Aún así, creo que estas categorías son útiles en el análisis de la globalización y los problemas que ésta suscita.

En segundo lugar, me centraré en un solo aspecto del cambio global, a saber, el rápido crecimiento reciente de las migraciones internacionales, y lo utilizaré para ilustrar cada contradicción. ¿Por qué otorgarle tanta importancia a las migraciones? Porque desempeña un papel clave en la mayoría de las transformaciones sociales contemporáneas. Las migraciones son simultáneamente el resultado del cambio global, y una fuerza poderosa de cambios posteriores, tanto en las sociedades de origen como en las receptoras. Sus impactos inmediatos se manifiestan en el nivel económico, aunque también afecta a las relaciones sociales, la cultura, la política nacional y las relaciones internacionales. Las migraciones conducen inevitablemente a una mayor diversidad étnica y cultural en el interior de los países, transformando las identidades y desdibujando las fronteras tradicionales. Si el Programa MOST presta su colaboración para comprender y lidiar más adecuadamente con las migraciones, habrá cumplido un importante objetivo.

### La contradicción entre inclusión y exclusión

Me refiero aquí a la tendencia de los vínculos globales a abarcar todas las áreas geográficas y todos los grupos humanos y, a la vez, establecer diferencias entre estos grupos humanos: algunos se convierten en miembros de pleno derecho en el nuevo orden global, mientras otros quedan marginados. Este tema fundamental de la inclusión y la exclusión es un aspecto central de todas las demás contradicciones contemporáneas.

En el nuevo orden económico, desaparece la producción de subsistencia de las familias y comunidades, y es reemplazada por la participación en los mercados nacionales e internacionales. Los individuos y grupos que cumplen con las características necesarias para adecuarse a los mercados globales, ya sea a través de bienes laborales, de capital o culturales,

---

<sup>1</sup> Stephen Castles es profesor de investigación en el Institute for Social Change and Critical Inquiry de la University of Wollongong, NSW 2522, Australia, e-mail: stephen\_castles@uow.edu.au. Sus investigaciones se centran actualmente en los modelos cambiantes de ciudadanía en los países de inmigración, así como las consecuencias sociales de las nuevas migraciones en la región de Asia y el Pacífico. Entre sus publicaciones más recientes destacan *The Age of Migration* (1993) y *The Teeth are Smiling: The Persistence of*

son incluidos en el orden global como ciudadanos, con derechos civiles, políticos y sociales. Los individuos y grupos que no se adecúan son excluidos y a veces se les niega los derechos más elementales, como el derecho a trabajar y el derecho a la alimentación.

Las migraciones internacionales están estrechamente vinculadas a estos procesos de inclusión y exclusión. Desde 1945, y especialmente desde los años 70, se ha producido un aumento de los movimientos internacionales de población que abarca todas las regiones geográficas. Las personas pueden desplazarse a un país vecino, o viajar hasta el otro extremo del planeta. Pueden ser trabajadores y profesionales migrantes o refugiados. Un número cada vez más importante de migrantes económicos y refugiados son mujeres. Aunque los expertos intentan distinguir entre las diversas categorías, esto no siempre es posible, puesto que las motivaciones de quienes emigran son complejas y multidimensionales.

La mayoría de las migraciones se producen dentro de redes sociales transnacionales que vinculan a familias y comunidades a través de grandes distancias. Las cadenas migratorias, una vez comenzadas, pueden evolucionar de formas impredecibles. Cualesquiera sean las intenciones originales de los emigrantes, los empresarios y los gobiernos, las migraciones suelen conducir a la reagrupación de las familias, a asentamientos y a la formación de nuevos grupos étnicos en los países receptores. Actualmente, el número de personas que viven fuera de sus países de origen supera con creces los 100 millones. De éstos, unos 20 millones son refugiados. Ésta no es más que una pequeña proporción de la población mundial y, sin embargo, las migraciones tienen un efecto mucho más amplio de lo que esa cifra sugiere.

En los países de emigración, las familias y las comunidades locales experimentan cambios profundos y duraderos. La emigración es un aspecto de la disolución de las estructuras económicas y sociales tradicionales que ha producido la globalización. Hay países enteros que pueden desarrollar 'culturas de emigración', como en Italia hace medio siglo, o en Filipinas actualmente. Numerosos emigrantes perciben su situación como una exclusión económica y social: se ven obligados a abandonar sus países, porque ya no queda lugar para ellos. Incluso pueden llegar a verse como excluidos de la comunidad nacional.

De la misma manera, en los países de inmigración numerosas comunidades experimentan cambios drásticos. El asentamiento de los inmigrantes puede transformar la economía nacional y las ciudades y forzar una reflexión sobre los valores sociales y culturales. En ocasiones, los inmigrantes también sufren la exclusión en este plano, debido a las desventajas económicas, las violaciones de sus derechos o la discriminación. En países receptores de larga tradición, la inmigración se ha convertido en un tema clave de los debates sobre relaciones sociales e

identidad nacional. Con el tiempo, es indudable que lo mismo ocurrirá en los países recientemente industrializados de Asia, América Latina y África.

La contradicción entre mercado y Estado

Este proceso, que incluye a algunos y excluye a otros es, aparentemente, el resultado de fuerzas anónimas del mercado. Por lo tanto, ni los individuos, ni las instituciones ni el Estado asumen responsabilidad alguna por esta evolución, que podría arrastrar a millones de personas a la pobreza. El triunfo del mercado, tanto a nivel nacional como internacional, significa que muchos gobernantes ya no ven las grandes desigualdades como un problema, sino como algo esencial para la eficacia del sistema económico.

Esta insistencia en crear mercados sin trabas constituye una nueva tendencia, aunque también es verdad que tiene antecedentes en el siglo XIX. Las traumáticas experiencias de la primera mitad del siglo XX (las luchas de clase y dos guerras mundiales) condujeron a la creación del Estado de bienestar en los principales países industrializados. Los intentos para ampliar el bienestar y la intervención del Estado a los países menos desarrollados estaban vinculados a la lucha dentro del sistema en un mundo bipolar. Sin embargo, tras el desmoronamiento de la alternativa comunista en los años 80, se han proclamado los intereses del capital global como si respondiesen a los intereses del conjunto de la humanidad.

Observamos así que, aunque no exista una fuerza central que gobierne la economía mundial, quienes se atreven a impugnar la racionalidad del nuevo mercado se exponen a graves sanciones. Los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se han convertido en poderosos resortes para la creación de economías de mercados abiertos en 80 países. Estos programas han obligado a los gobiernos a abandonar las políticas de protección de las condiciones de vida de sus pueblos, y esto ha arrojado como resultado unas condiciones de empleo no reguladas, el desmantelamiento de los sistemas de bienestar y un aumento del desempleo.

La contradicción entre mercados y Estados es sumamente acusada en el ámbito de las migraciones internacionales. Los países de origen suelen oponerse a la emigración de profesionales altamente cualificados, denunciada como "fuga de cerebros" y como una pérdida de las inversiones en educación. Los empresarios en los países receptores, al contrario, se apresuran a dar la bienvenida a los inmigrantes cualificados. Para quienes no tienen formación, ocurre lo contrario. Los gobiernos de los países de origen los estimulan a abandonar el país, ya que ello significará el envío de remesas desde el exterior y un alivio de la presión social. Los gobiernos de los países receptores son cada vez más reacios a admitir trabajadores inmigrantes no cualificados, si bien hacen la vista gorda ante las permanencias ilegales cuando tienen

necesidad de mano de obra.

Si los gobiernos intentan detener las migraciones, entra en juego un nuevo tipo de mercado, un mercado global de las migraciones, organizado por agentes dedicados al reclutamiento de trabajadores y funcionarios de inmigración, que obtienen ganancias de la migración, ya sea legal o no. Este mercado está vinculado a las redes sociales que se desarrollan en el proceso migratorio. Al actuar en conjunto, las redes de migración y la industria de la migración pueden tener una mayor incidencia en los flujos de población que las políticas de los gobiernos. Las migraciones internacionales son una parte esencial de la globalización. Si los gobiernos dan luz verde a la libre circulación de capitales, productos e ideas, y al mismo tiempo intentan detener la circulación de las personas, tendrán escasas probabilidades de éxito. Una política realista podría crear un cauce para las migraciones en aras del interés público. En cambio, es poco probable que las prohibiciones detengan los flujos migratorios, y sólo convertirían un movimiento legal en una práctica ilegal.

La contradicción entre riqueza y pobreza crecientes

Como señaló en una ocasión Robert Reich (1991: 196-207), Ministro de Trabajo del primer gobierno de Clinton, la desigualdad de los ingresos en Estados Unidos aumentó espectacularmente en los años 80: los ricos eran cada vez más ricos, los pobres aumentaron y se detectó un empeoramiento de la situación de la clase media. Esta tendencia se observa en casi todos los países industrializados más antiguos. El declive del Estado de bienestar ha exacerbado la polarización social.

Estas crecientes desigualdades en la distribución de los ingresos también están presentes en los países recientemente industrializados. El desarrollo económico bajo condiciones de libre mercado y con Estados no intervencionistas parece conducir inevitablemente a una mayor desigualdad. Las teorías de la modernización sostienen que se producirá un "goteo" desde los ingresos superiores a los grupos más desfavorecidos. Sin embargo, hay claros indicios de que esto no es lo que está ocurriendo.

Sigue imperando, no obstante, una abierta desigualdad entre los países industriales (antiguos y recientes) y aquellas regiones que no han logrado alcanzar un desarrollo económico sostenido. En muchas regiones de África y Asia, se constata una disminución de los ingresos reales. Esto significa una reducción del acceso a la educación, de las prestaciones sanitarias y de las expectativas de vida. Hay países enteros que están siendo excluidos del nuevo orden global.

Las características del conflicto han cambiado. Las viejas divisiones eran entre trabajadores y capitalistas, y entre el modelo liberal democrático y el comunista. Los modelos en juego

actualmente son más complejos: en el interior de cada país, se gesta una división entre los que están incluidos en la corriente predominante de las relaciones económicas y sociales y aquellos que quedan excluidos. En los antiguos países industriales, los sociólogos hablan de la sustitución de una sociedad de clases por una "sociedad de los dos tercios", en la que la mayoría sigue incluida, pero no así una minoría creciente. En los países menos desarrollados, sigue excluyéndose a la mayoría. Estas divisiones internas se inscriben en una división internacional entre países ricos y pobres. Pero ya no se trata de la división entre Norte y Sur. En el sur han surgido centros de riqueza, mientras que para algunas regiones del antiguo bloque comunista en Europa, éstos son tiempos de crisis.

Todas estas formas de exclusión se inscriben en una diferenciación basada en la pertenencia al grupo: las minorías de mujeres, étnica y raza, los pueblos indígenas y la juventud sufren discriminación y se encuentran en una situación de desventaja. Una vez más, las migraciones desempeñan un papel clave. En prácticamente todos los países de Occidente existen actualmente nuevas minorías étnicas, surgidas de las migraciones de los últimos cincuenta años. En algunos casos, los descendientes de los inmigrantes siguen sin tener derecho a la ciudadanía aunque hayan nacido en el país de residencia. Incluso aquellos que son ciudadanos sufren a veces la discriminación por motivos de raza, etnia o religión. Los países recientemente industrializados que importan mano de obra invierten grandes esfuerzos en impedir el surgimiento de nuevas minorías. Sin embargo, los asentamientos acaban por consumarse de una u otra forma, lo cual conduce a situaciones de marginación, pobreza y conflictos sociales.

#### La contradicción entre la Red y el Yo

Uno de los problemas clave de la modernidad es la tensión entre el principio de organización económica y política racional y la infinita gama de aspiraciones de los individuos y grupos. Como ha señalado el Profesor Touraine en su discurso inaugural del MOST en 1994, fueron sobre todo Nietzsche y Freud quienes demostraron que la vida de los seres humanos está regida por esta tensión entre sociedad e individuo, o entre racionalidad del sistema e identidad.

En una obra reciente, el sociólogo Manuel Castells (1996: 3) ha analizado los nuevos rasgos de esta antigua contradicción. Castells sostiene que "nuestras sociedades están cada vez más estructuradas en torno a una oposición bipolar entre la Red y el Yo". Subraya el papel de las nuevas tecnologías de la información en la creación de redes globales de riqueza, poder e imágenes. Estas redes pueden "activar y desactivar selectivamente la participación de individuos, grupos, regiones e incluso países", según su relevancia en el logro de objetivos instrumentales. Este sistema es económicamente eficiente pero incapaz de dar sentido a las vidas de las personas. Para escapar de este universalismo abstracto, las personas buscan cada vez más el sentido en las identidades particularistas basadas en la etnia, la religión, el regionalismo o el

nacionalismo.

Esto explica por qué tantos conflictos contemporáneos no están relacionados básicamente con intereses económicos y sociales 'racionales'. La defensa de los intereses locales o regionales frente a las fuerzas de la globalización, se basará en símbolos culturales relacionados con la dignidad y la identidad. Muchos individuos y grupos han sufrido la experiencia de verse despojados o excluidos en aras de un interés presentado como racional y general. Los movimientos de resistencia pueden tener rasgos particularistas, e incluso pueden parecer regresivos, porque el atractivo de un proyecto alternativo universalista ha quedado bloqueado por la monopolización del discurso de racionalidad de las fuerzas de globalización.

En lo que concierne a las migraciones, el conflicto entre la Red y el Yo se observa en dos niveles separados. En primer lugar, el auge de los movimientos contra la inmigración, a menudo de carácter racista, es un fenómeno que observamos en numerosos países. La motivación subyacente de dichos movimientos puede ser el temor ante las alteraciones provocadas por la globalización y la reestructuración económica. Los inmigrantes se han convertido en blanco porque constituyen el símbolo más visible de estos cambios, mientras las verdaderas causas, en las que es difícil influir, son invisibles y complejas. Muchos de estos grupos contra la inmigración son esencialmente movimientos de identidad basados en los mitos de sociedades homogéneas y autónomas.

El otro nivel es el de las propias minorías étnicas nuevas. Su condición de discriminados fomenta la identidad personal y de grupo. Esto puede asumir dos formas muy distintas: una es el separatismo y el integrismo, que suelen ser el resultado de la experiencia del aislamiento y el racismo; la otra es una movilización en las sociedades democráticas para que se les reconozca la igualdad de derechos y la pertenencia a un grupo cultural distinto. Como sucede con los jóvenes de origen magrebí en Francia, esto origina la reivindicación de una "nueva ciudadanía" basada en la participación y la apertura cultural.

La contradicción entre lo global y lo local

La contradicción entre lo global y lo local es uno de los temas clave del programa MOST. Lo que aparece como racional en un nivel global puede tener efectos devastadores en las comunidades locales. Si la integración global y el crecimiento económico ha de tener efectos beneficiosos para los pueblos, es necesario encontrar maneras de dar a las comunidades locales una voz poderosa en las decisiones que las afectan. Los mecanismos del mercado son inherentemente incapaces de realizar esto, mientras que los Estados (incluso los gobiernos democráticos) a menudo desdeñan lo local en favor de los imperiosos "intereses nacionales".

Generalmente, se analiza las migraciones internacionales en su dimensión nacional, si bien sus efectos más profundos se producen a nivel local. En las comunidades de origen, el éxodo de grandes contingentes de personas en edad de trabajar puede tener efectos perturbadores en la producción agrícola y en la artesanía. Las relaciones de género y las estructuras familiares experimentan un cambio drástico. En los países receptores, suelen suscitarse conflictos entre el Estado central, que controla la política de inmigración con un ojo puesto en las consecuencias macroeconómicas, y las autoridades regionales o locales, que suelen tener una mayor conciencia de los posibles costes y tensiones sociales. Las dimensiones locales de la migración deben ser tratadas como aspectos centrales en las investigaciones y en la acción política.

Una de las principales tendencias del mundo contemporáneo es la aparición de nuevos niveles de toma de decisiones. El rol dominante de la nación Estado se ve desgastado no sólo por la globalización, sino también por organismos regionales como la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el MERCOSUR en América del Sur, etc. Por otro lado, en muchos países, la importancia creciente otorgada a las identidades locales (a menudo de antiguas raíces étnicas, culturales e históricas) genera una presión a favor de la descentralización. Generalmente, los vínculos supranacionales han comenzado por las relaciones económicas, y posteriormente se han ampliado a las esferas política y legal. Las identidades infranacionales se suelen constituir en la esfera cultural, pero también tienen consecuencias para la política nacional. A veces lo local se relaciona con lo supranacional: por ejemplo, para los grupos que aspiran a una autonomía local puede ser más fácil pertenecer al Estado nación si su poder se ve mitigado por la pertenencia a una asociación regional como la Unión Europea. El Estado nación sigue siendo el nivel más importante de poder, pero la acción política está cada vez más orientada a múltiples niveles.

#### La contradicción entre economía y medio ambiente

Este tema también se ha convertido en uno de los más importantes de nuestro tiempo. El progresivo crecimiento económico ejerce una presión cada vez mayor sobre los recursos naturales y los sistemas ecológicos. Las fuerzas del mercado no pueden impedir la degradación del medio ambiente, porque las decisiones de los actores individuales del mercado no toman en cuenta los efectos agregados a largo plazo. Las normativas nacionales también son inadecuadas, porque la deforestación, la contaminación del aire y el agotamiento de los recursos no están sujetos a limitaciones de fronteras. No deberían existir dudas acerca de la necesidad de fijar normativas supranacionales, pero el mundo ha tardado en desarrollar las instituciones necesarias.

En algunas regiones, los flujos de migración son un resultado directo del deterioro del medio ambiente. La deforestación, la desertización, la disminución de la fertilidad de los suelos, las sequías y las inundaciones son fenómenos que obligan a las personas a desplazarse. De forma menos directa, las presiones sobre los recursos y ecosistemas generan competencia económica,

conflicto político y guerras, destruyendo los bienes productivos y provocando la huida masiva de personas. Al refugiado político clásico se suma el nuevo refugiado 'medioambiental'.

La inmigración también puede provocar presiones sobre el medio ambiente al fomentar el crecimiento urbano descontrolado, o al sobreexplotar los recursos. No sólo causan preocupación los movimientos a largo plazo. Se suele descartar el turismo como una amenaza al medio ambiente natural y a la herencia cultural. También en este plano existe la necesidad de una cooperación global en la comprensión y la gestión de los desplazamientos de población.

La contradicción entre modernidad y posmodernidad

Algunos teóricos contemporáneos interpretan la situación actual como una dolorosa transición de la modernidad a la posmodernidad. El proyecto de la modernidad se fundaba en la idea de la historia imperante en la Ilustración, como una ideología del progreso encaminado a una sociedad mejor. La posmodernidad, en cambio, se basa en la idea de la fragmentación de la política, las culturas y las identidades. El posmodernismo rechaza las grandes ideologías: no hay una vía común hacia una vida mejor para la humanidad. El pesimismo y el relativismo dictan las reglas.

Sin embargo, esta visión de la situación actual parece problemática. Se puede responder diciendo que la gran ideología es más fuerte que nunca. La globalización de los mercados es una realización universal, aunque parcializada, del proyecto de la Ilustración. Las tecnologías de producción, control y comunicación son universales. Además, los cambios económicos y tecnológicos están relacionados con la difusión global de valores basados en nociones de racionalidad occidentales. La globalización (como fenómeno cultural y económico) es un auténtico producto de la modernidad.

Lo que aquí se echa en falta (y en este sentido algunos posmodernistas tienen razón) es el proyecto político y social de la modernidad: la idea de que un Estado democrático fuerte debería intervenir en el plano social para conseguir iguales derechos y una vida digna para todos. Aquí la fragmentación es real y ocurre en nombre del libre mercado. Por lo tanto, la globalización implica construir una economía moderna integrada, pero una esfera política posmoderna fragmentada.

Esta contradicción es evidente en lo que se refiere a las migraciones internacionales. Los economistas neoclásicos sostienen que la libre circulación de la fuerza de trabajo maximiza las utilidades del capital humano y conlleva una homologación de los salarios en distintos países. Estas consecuencias tan positivas, no obstante, no tendrían lugar en ausencia de marcos políticos que garanticen el respeto de los derechos humanos y las necesidades sociales de los inmigrantes. Es posible que los migrantes cualificados tengan suficiente poder en el mercado para velar por sus derechos económicos y sociales, pero no sucede lo mismo con los trabajadores migrantes y



refugiados no cualificados. Lejos de una homologación de los salarios, las migraciones generan nuevas formas de desigualdad entre países y en el interior de los mismos.

Independientemente de la racionalidad y eficiencia de los mercados, no traen consigo ni igualdad ni equilibrio social. Los problemas de carácter transnacional tampoco pueden ser abordados de manera eficaz por los Estados individuales. Incluso ahí donde empiezan a surgir formas supranacionales de regulación, el resultado es la creación de nuevas fórmulas de inclusión y exclusión. La Unión Europea, por ejemplo, ha adoptado numerosas medidas para promover los derechos de los aproximadamente 5 millones de personas que se han desplazado de un país miembro a otro, pero han hecho poco por los 10 millones o más de residentes que provienen de fuera de la Unión Europea.

La contradicción entre ciudadano nacional y ciudadano global

El gran logro histórico del modelo del Estado nación fue el ciudadano democrático, es decir, el miembro individual de una sociedad que no sólo gozaba de unos derechos, sino también era un participante activo en el proceso de legislar y gobernar. La ciudadanía democrática es un logro que sólo han alcanzado una minoría de países y, aún así, generalmente con limitaciones. Pero constituye una aspiración que comparten la mayoría de los pueblos del mundo.

Sin embargo, existe una ambigüedad en la ciudadanía democrática: como pertenencia a un Estado nación, denota una pertenencia cívica a una comunidad política y una pertenencia cultural a una comunidad nacional. En la comunidad política, todos los ciudadanos son iguales, y sus características personales (como género, etnia y religión) son irrelevantes. La comunidad nacional, al contrario, se basa en la posesión compartida de unas características culturales supuestamente únicas. El proceso de formación de la nación, no obstante, ha supuesto, por lo general, la conquista e incorporación de otros grupos étnicos. Éstos fueron asimilados en la nación, ya sea mediante la eliminación de sus culturas, ya sea mediante un largo proceso de olvido de las diferencias, como lo expresaba el historiador francés Ernest Renan (1992).

El objetivo de la homogeneización cultural ha sido siempre problemático porque las minorías culturales han demostrado ser mucho menos flexibles de lo esperado. Esta dificultad aumenta considerablemente en nuestra actual 'era de migraciones'. Las fronteras permeables y el aumento de la diversidad etnocultural imposibilitan la homogenización cultural. Hoy en día, muchas personas viajan regularmente de un país a otro y mantienen vínculos familiares, sociales y económicos en ambos lados de las fronteras. Estas personas tienen identidades múltiples y poseen competencias interculturales. Muchos de ellos tienen dos o más nacionalidades, aunque los gobiernos intenten impedirlo. El intercambio cultural y los matrimonios interculturales se suman a la diversidad de la conciencia. Ya no hay tiempo suficiente para "olvidar las diferencias", aunque

la gente lo deseara.

Por el momento, estas experiencias sólo se aplican a una minoría, pero constituyen un aspecto esencial de la globalización y seguirán produciéndose. El principio de que todas las personas deberían pertenecer política y culturalmente a un solo Estado nación es cada vez menos funcional. Necesitamos un nuevo modelo de ciudadanía global, que rompa los nexos entre pertenencia y territorialidad: Las personas necesitan gozar de sus derechos como seres humanos, no como ciudadanos de un país. Este modelo debe ser multicultural, en el sentido de que debería reconocer la diversidad étnica y las identidades múltiples. El multiculturalismo, no obstante, también significa proteger la diversidad local contra el efecto nivelador de las industrias culturales globales.

No son sólo las migraciones las que hacen necesaria la ciudadanía global. La autonomía del Estado nación y su capacidad para proteger a sus ciudadanos contra influencias externas empieza a mermar. La poderosa lógica económica y cultural de la globalización no puede ser controlada por los Estados individuales. Es necesario fortalecer las instituciones supranacionales con el fin de que puedan frenar los excesos de los mercados, abordar el problema de la exclusión social, el empobrecimiento y la degradación del medio ambiente. Las instituciones supranacionales deben ser accesibles y democráticas, y deben reflejar las necesidades y aspiraciones de los pueblos del mundo. A la larga, una sociedad mundial requiere un gobierno que actúe globalmente.

Aún quedan lejos estos desarrollos, y no tiene sentido predicar utopías. Sin embargo, es evidente que el actual estado de cosas es peligroso e inestable. El gran rayo de esperanza es la actividad de millones de personas en todo el mundo que buscan maneras de contrarrestar los efectos nocivos de la globalización, sin dejar de maximizar sus aspectos positivos. Las voces de las comunidades locales se hacen oír a través de las 'organizaciones de la sociedad civil' en numerosos lugares. Esto comprende las iniciativas de los ciudadanos contra el deterioro del medio ambiente, los movimientos de desarrollo rural, grupos de mujeres, sindicatos, movimientos de los pueblos indígenas, asociaciones de inmigrantes y muchos otros.

La característica novedosa de muchas de estas organizaciones de la sociedad civil es que están desarrollando una conciencia global, aunque actúen localmente. Además, están aprendiendo a utilizar las tecnologías de la información, que forman parte de la globalización como instrumento de resistencia. Las nuevas formas de comunicación han sido a menudo instrumentos de control y homogeneización, pero su carácter de redes descentralizadas permite utilizarlas para fines muy diferentes. Por ejemplo, se podría recurrir a la 'democracia electrónica' basada en Internet para incluir a un amplio público en los complejos procesos de toma de decisiones.

Esto nos lleva a la última contradicción:

La contradicción entre globalización desde arriba y globalización desde abajo

Hasta ahora, la globalización ha significado, principalmente, drásticos cambios que afectan a las comunidades locales y que vienen impuestos desde arriba por poderosas fuerzas. El desarrollo de las fuerzas contrarias de 'globalización desde abajo' es la gran esperanza para un mundo más equitativo, donde el cambio económico y social no signifique exclusión y pobreza para tantas personas. A partir de la actividad de miles de movimientos locales y de la organización de la sociedad civil, está naciendo una nueva noción de ciudadanía. Está basada en una acción de múltiples niveles en aras de un sueño global de desarrollo sostenible (Dacanay, 1997). Si el Programa MOST de UNESCO puede colaborar para facilitar el trabajo de estos grupos, y vincularlos al de las organizaciones nacionales y supranacionales, habrá llevado a cabo una tarea sumamente meritoria.

Traducido del inglés

\* Texto del discurso inaugural presentado en la reunión del Consejo Intergubernamental del MOST, 16 de junio de 1997.

## **Referencias**

CASTELLS, M., 1996. *The Rise of Network Society*, Oxford: Blackwells.

DACANAY, M.L.M., 1997. 'Citizenship in an era of globalisation: a view from the Philippines', ponencia presentada en la Conferencia sobre Globalización y Ciudadanía, Melbourne: Instituto de Investigaciones de Naciones Unidas para el Desarrollo Social y la Swinburne University of Technology.

REICH, R.B., 1991. *The Work of Nations*, Londres: Simon & Schuster.

RENAN, E. (1992) *Qu'est-ce qu'une nation? et autres essais politiques* (introducción de Roman, J.) París: Presses Pocket, Agora.